

Este archivo contiene un capítulo del libro de
Jose Ramón Gómez Fouz, *Clandestinos*
con un prólogo de José Ignacio Gracia Noriega
Pentalfa Ediciones (Biblioteca Asturianista), Oviedo 1999
ISBN 84-7848-499-X <http://www.helicon.es>
© 1999 Pentalfa Ediciones (Grupo Helicón S.A.)
DISTRIBUCION GRATUITA * PROHIBIDA SU VENTA

Capítulo 10

La caída de Horacio

La tarde del día 22 de mayo de 1969 Claudio Ramos esperaba impaciente en la puerta de la Comisaría de Oviedo. Tenía siete hombres de la Brigada preparados y esperaba por su mano derecha, el inspector Fuente, que había ido hasta Sama a un servicio, junto al también inspector Valverde.

Claudio Ramos se impacientaba. Paulino le había llamado dándole el último aviso de los movimientos de *el Paisano*. Aquel día tenía a los de la Brigada descamisados, cosa inusual en él. El cerco a Horacio se iba cerrando. Hacía unos días que venía avisando al inspector Riaño que iba a detener a Horacio. Riaño era el secretario de la Brigada, un hombre al que todos respetaban, licenciado en Derecho y estudioso de la Historia de Asturias, verdadero experto en la Revolución de 1934, especialista en los papeleos. Cuando no entendían el significado de alguna palabra todos los funcionarios de la comisaría acudían a él. Ramos le tenía cierto respeto y aprecio.

Por fin llegó Fuente. Claudio Ramos, ya nervioso, le dijo:
—*Venga que ya llamó Paulino. ¿Cómo tardasteis tanto?*

Fue una de las pocas veces que Claudio Ramos tuvo un desliz antes sus hombres, puesto que lo de Paulino solamente lo sabían él y Fuente. Claro que casi ninguno de aquellos policías se enteraron, pues no podían sospechar quién era el tal «Paulino». El autor se enteraría de la personalidad del confidente por este desliz de Claudio Ramos ante sus policías: uno de ellos, entonces muy joven, se lo comentaría años después a este autor.

Como Fuente y Valverde venían encorbatados, cosa habitual en los policías de Claudio Ramos, a éstos les ordenó que fueran en el coche oficial, que conducía el policía armada Román Herretero. Los descamisados irían en dos Seat 600 propiedad de los policías de la Brigada Social Carballeira y Severino (este último hijo de un comandante del ejército). Iban en los Seat 600 y descamisados para que no sospecharan de ellos.

Horacio tenía una reunión en pleno monte cerca de Requejo (Mieres) con varios incondicionales. Hacía unos días que había llegado de Francia y, como era habitual en él, había estado unos días antes durmiendo en casa de Felipe San José, en Villapérez. Un día antes Nebot le llevó a Mieres, y de allí se desplazó a La Felguera, para volver a la reunión del día 22 en Requejo (Mieres). Nebot le advirtió a Horacio del peligro que corría, y este contestó:

—*Si me detienen que me detengan, algún día habrá que salir a la legalidad.*

Los policías de Claudio Ramos, con él en uno de los dos Seat 600, prepararon el cerco por donde Paulino había advertido que pasaría Horacio después de la reunión. Vieron desde el Seat 600 pasar a algunos de los que habían asistido a la reunión, pero pasaba el tiempo y Horacio no aparecía. Como a cien metros del cerco estaban Fuente y Valverde, que al ir encorbatados estaban alejados del cerco para no ser vistos y no levantar sospechas. Apareció por allí Ignacio Peón Fonfría, que inició una conversación con los dos policías, diciéndoles en tono coloquial si ahora que habían ascendido además de Langreo también llevaban Mieres... Los dos policías lograron deshacerse de aquel pesado en aquellos tensos momentos, dándole varios parabienes. Por fin se largó, y al poco, por entre las vías del tren, mientras comenzaba a orbayar y ya empezaba a oscurecer, apareció un hombre que se dirigía hacia ellos, que se habían retirado bajo una especie de visera para protegerse de la incipiente lluvia. El hombre se acercó hasta un metro de ellos y luego cruzó la calle. En ese momento Fuente le dijo a su compañero Valverde:

—*Ese es Horacio.*

—*No me jodas,*— contestó Valverde. De inmediato salieron a paso rápido tras él y le detuvieron.

De la Brigada social solamente Claudio Ramos conocía a Horacio, le había visto en una ocasión en la Comisaría de Gijón, cuando éste tenía que presentarse semanalmente. Pero Fuente, que sí

tenía contactos con Paulino, había sido informado que Horacio caminaba braceando, y que llevaba chaqueta sin solapas.

Una vez detenido cachearon a Horacio. En un bolsillo encontraron un trozo de chorizo y otro de pan que le habían dado en la casa donde se refugiaba. Le preguntaron de dónde venía y dijo que de «La Mata», luego le pidieron la documentación, entregando una falsa.

Fuente le ordenó entrar en el coche policial, en la parte trasera, donde se metió también Valverde. Fuente le dijo a Román Herrero, el chófer policía:

—*Estáte atento.*

Y se dirigió al Seat 600 donde estaba Claudio Ramos. El coche estaba lleno de humo del tabaco, Fuente les dijo:

—*Así no podréis ver nada. Creo que tenemos a Horacio en el coche.*

Claudio Ramos contestó:

—*¿Pero cómo vais a tener a Horacio?*

Salió del coche y se fueron todos andando a paso rápido al lugar donde estaba el coche del Parque Móvil. Claudio Ramos entró en el coche y se sentó al lado de Horacio, puso la rodilla debajo de la pierna de Horacio y notó que éste temblaba nervioso. Claudio Ramos tuvo una pequeña duda de si era él, por eso le puso la rodilla debajo de la pierna, para ver cómo reaccionaba. Luego pidió ver la documentación entregada y que figuraba a nombre de Antonio. La entregó a un policía y le dijo que fuera hasta la comisaría a comprobarlo. En ese momento Horacio dijo que no fuera, ya que era falsa. Entonces Claudio Ramos le tendió la mano a la vez que le dijo:

—*Bueno ¿qué? ¿nos presentamos? Claudio Ramos Tejedor.*

Horacio le dio la mano y contestó:

—*Horacio Fernández Inguanzo.*

Cuando llegaron a la Comisaría de Oviedo Claudio Ramos comentó en alto con el resto de la Brigada y otros policías que estaban por allí:

—*Aquí tenéis a uno del Comité Central.*

Apostillando Horacio:

—*Y de la Ejecutiva.*

El interrogatorio lo dejaron para el día siguiente. Esa noche fueron todos a casa del Jefe Superior. Antes llamaron por teléfono a casa del secretario Riaño, para decirle que habían detenido

a Horacio. El secretario preguntó si era necesario que fuese hasta la comisaría, y le contestaron que no hacía falta. Claudio Ramos quería de alguna manera confirmar lo que había pregonado.

En casa del Jefe Superior bebieron, algunos en exceso, y el Jefe les dijo que él siempre les defendía. Uno de ellos le plantó cara diciendo que era falso, pues en otras comisarías fuera de Asturias felicitaban por hechos como el de la detención de Horacio. Al día siguiente el Jefe le comentó a Ramos que uno de los policías se había puesto impertinente. Ramos le contestó:

—*Tiene razón y deben callar.*

Por aquel servicio le concedieron a Fuente la Medalla Policial con distintivo rojo.

La noticia de la detención de Horacio corrió como reguero de pólvora. En todas las comisarías y cuarteles de la Policía y la Guardia Civil se comentaba:

—*Claudio Ramos [no la Policía] detuvo a Horacio.*

Luego, como sucede en estos casos, cada policía o guardia civil contaba de una manera diferente la forma en la que se había producido la detención. Hasta el propio Jefe Superior lo contaría a su manera, llegando a ponerse como autor en primera persona y asegurando que había sido él quien había protagonizado la detención.

Hacia las diez de la mañana del día siguiente una hermana de Horacio se presentó en la comisaría, organizando un considerable escándalo y saliendo de allí gritando contra la detención de su hermano.

Media hora antes había llamado desde Mieres el inspector Arce, para decirle a Claudio Ramos que el día anterior había pasado sin novedad en la Villa, a lo que Claudio Ramos le contestó:

—*¿Cómo que sin novedad? Ayer a las nueve detuvimos a Horacio.*

Arce hubiese querido que le tragase la tierra.

Cuando empezó el interrogatorio, Claudio Ramos le preguntó, mirándolo al pelo, si lo tenía teñido. Horacio movió la cabeza afirmativamente. Le preguntó quien se lo había teñido y Horacio contestó:

—*Yo mismo.*

En realidad el que se lo teñía era Casado, peluquero de Mieres y buen camarada, pero Horacio no le comprometió.

Luego explicó a Ramos cómo hacía el tinte, ya que el Policía se interesó por ello, pues tenía el pelo completamente canoso.

Horacio se responsabilizó de todo y no delató a nadie, luego leyó el interrogatorio y lo firmó de forma vertical para que así no pudiesen añadir palabras extras. Después de la firma, Ramos le dijo:

—*Bien, ahora qué vas a decir, que te maltratamos.*

Horacio respondió:

—*No.*

Entonces dijo Claudio Ramos:

—*Vamos a hacer otro informe, diciendo que te tratamos correctamente.*

Respondiendo Horacio:

—*Eso no se lo firmo.*

Se refería a que si se lo ponía en una hoja no lo firmaba, por si alguien del Partido decía o publicaba cosa diferente. Después dijo:

—*Yo ya sospechaba que no maltrataban como me contaban, y cuando alguno de los detenidos me venía contando que le habían golpeado avisaba a los camaradas «ojo que este igual habló».*

Horacio fue enjuiciado y encarcelado hasta que llegó la democracia.

La caída de Horacio supuso para el Partido un duro golpe, cundió el desánimo y las sospechas de quién fue el confidente. Se llegó a sospechar de camaradas que no podían haberlo hecho. El ala obrera del Partido, que parecía más inteligente que la intelectual, sí que sospecho de Paulino. Pero sin embargo los intelectuales sospechaban del comandante Cocina, pues en una ocasión en su despacho, donde estaba con Herrero Merediz, en un momento que tuvo que salir el abogado ojeó los papeles que tenía encima de la mesa y se dio cuenta que había documentación que le enviaba la Guardia Civil (¡cómo no la iba a tener si Cocina era el Jefe de los Servicios de Inteligencia del Gobierno Militar!).

En 1986, en el libro *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España 1939-1985*, escrito por el ovetense Gregorio Morán, se implica al comandante Cocina en esa detención (pág. 465). Pero Cocina no participó en nada, todo lo contrario, estaba preocupado de que Horacio le involucrase a él en sus interrogatorios. Cosa que *el Paisano* no hizo. Todos sabían que Cocina y Horacio eran amigos, habían estudiado juntos. En una ocasión habían

ido a visitar al comandante Cocina, a su casa de Ceceda, Horacio y Vicente Gutiérrez Solís, en la furgoneta de reparto que éste tenía. En la cuesta de Ceceda un niño que venía con una bicicleta sin frenos chocó con la furgoneta, quedando tendido. Los dos comunistas bajaron y atendieron al niño, le preguntaban cómo estaba, y éste recuperado decía que estaba bien y que no hacía falta que le llevaran a ningún sitio. Insistieron pero el niño siguió en sus trece. Suerte tuvieron de que no pasara la guardia civil, hubieran acabado antes con la clandestinidad. Para colmo el comandante Cocina no estaba en su casa aquel día.

Como hemos dicho la realidad no tuvo nada que ver con el comandante Cocina y sí mucho con Paulino. De este confidente y traidor puede decirse que la detención de Horacio supuso su final en el Partido Comunista.

Paulino consiguió regentar un bar de alterne en Oviedo, gracias al aval bancario de Claudio Ramos y de Fuente, que se arriesgaron a que les saliera la cosa mal y tuvieran que pagar con sus nóminas el crédito. Con aquel dinero Paulino cogió en traspaso un bar en la calle Oscura, que llegó a ser el más famoso de Oviedo en ese triste gremio. En unos años Paulino se hizo hombre acaudalado, y dicen que a pesar de tratarse de un establecimiento de ese tipo, lo llevaba con cierta corrección. Los problemas con el juzgado se los arreglaba Claudio Ramos a través de un policía que era experto en convencer a los jueces. Como era su norma, nunca dejó tirado a ningún confidente.

Paulino y Ramos llegaron a tener una muy buena amistad personal, como sucedió con casi todas las personas que con el policía colaboraron.

Horacio, que sospechaba también de varios camaradas, tuvo la certeza de que el chivato había sido Paulino, cuando en un mitin en Grado, apenas legalizado el Partido, se encontró de frente con él. Por la cara que puso y lo cortado que quedó, el veterano comunista se percató de que sin duda alguna él había sido su delator.

El Partido en Asturias quedaba ahora en manos de Julio Gallardo y de Ángel León, con quienes, el día de su detención, tenía Horacio que reunirse en Gijón, entre las once y las doce de la noche. Gallardo reunió a los importantes del Partido que estaban en libertad. Se quejó de que Horacio no le había hecho caso, pues *el Paisano* le había preguntado cómo estaba la cosa y Ga-

llardo le había contestado que cuidado, que en Mieres había visto mucho movimiento policial. En aquella reunión decidieron pedir a Tini Areces que se viniera a Asturias a dirigir el Partido.

Ya en la cárcel de Oviedo Horacio preparó un informe a Torre Arca sobre su detención. El profesor de francés recuerda cómo Horacio le contó que Claudio Ramos le quería hacer firmar un escrito en el que se decía que le habían tratado con cortesía, a lo que él se había negado.

Mario Huerta, que se encontraba en Madrid preparando las maletas para viajar a Rumanía, a curarse de una nueva depresión, retrasó el viaje para escribir varios folios sobre la vida de Horacio, poniéndoles por título *Horacio Fernández Inguanzo, un comunista ejemplar*. Lo firmó con su nombre clandestino, «Luis II».



Fotografía de Horacio Fernández Inguanzo hecha el día después de su detención, el 22 de mayo de 1969.